

Poder, Marginación y cultura en la sociología figuracional de Norbert Elias

Carlos Belvedere

Doctor en Ciencias Sociales (UBA/ UNGS)

Mail: cbelvedere@ungs.edu.ar

Los artículos que presentamos tratan, en apariencia, de temas diversos. Lorena Bottaro¹ describe cómo el estigma facilita el proceso de constitución y reafirmación de identidades y colabora en la conservación de un orden social establecido por el grupo hegemónico. A su vez, Adrián Cammarota² da cuenta de la oposición *Kultur - Zivilisation* en base a cuatro ejes: los orígenes de esta antítesis; la conformación de la burguesía alemana; las características del "ser alemán"; y los "enemigos de la *Kultur*", identificados por los catedráticos alemanes de la Primera Guerra. Por último, Verónica Lucía Cáceres³ analiza las complejas y traumáticas lecciones que dejó el colapso de la civilización que significó el nazismo, cuestionando las interpretaciones racionalistas y alertando sobre la importancia de instituir mecanismos de gestión de los conflictos y antagonismos inherentes a toda figuración.

No obstante la aparente diversidad de temáticas abordadas en los textos aquí reunidos, el ojo atento descubrirá una

¹ Cfr. "El Estigma en las relaciones sociales entre 'grupos divergentes'. Algunas reflexiones a partir de Norbert Elias y Erving Goffman".

² Cfr. "La antítesis *Kultur y Zivilisation* en Norbert Elias y Thomas Mann".

³ Cfr. "El proceso de civilización, descivilización y la regulación de los conflictos. Una mirada desde Elias".

constelación de problemáticas que los convocan con un sentido de unidad. De uno u otro modo, los autores presentan la concepción eliaseana del poder, las marginaciones y la cultura. Todos, además, exploran las potencialidades de la sociología de las figuraciones para dar cuenta de los procesos y las relaciones en que nos encontramos insertos. Veremos, a continuación, cómo la perspectiva figuracional conlleva una concepción dinámica y cambiante de los equilibrios de poder que bien puede dar cuenta de las desigualdades y las marginaciones sociales, en cuya producción las ideas juegan un papel fundamental.

El poder como equilibrio dinámico de las tensiones al interior de una figuración

Aún a riesgo de caer en generalidades, vale decir que para Elias el poder es un atributo de toda figuración. Ciertamente, toda figuración es intrínsecamente un sistema de relaciones e interdependencias recíprocas que implican diferenciales de poder en el sentido de una mayor o menor capacidad de incidir en el control global de su desarrollo y en el posicionamiento relativo de otros en relación con ella definido a partir de la propia posición.

El trabajo de Cáceres ilumina este aspecto de la obra de Elias, al recordarnos que toda figuración da cuenta de los lazos entre individuos, mostrando su interdependencia recíproca y las tensiones entre sus dinámicas posiciones; lo cual redundaría en que no hay figuraciones sin antagonismos dado que ellas se caracterizan por ser un equilibrio fluctuante de poder. Así es que los conflictos sociales, políticos y económicos emergen en todas las sociedades, pues toda figuración implica antagonismo.

Toda figuración, entonces, presenta uno o varios centros de poder relativo, entendido –según se dijo– como una mayor capacidad de incidir en el desarrollo global del proceso de una figuración, relegando a posiciones subalternas a otros grupos. Ahora

bien, estos centros de poder no son estáticos sino dinámicos; están en continuo cambio, de igual manera que las figuraciones en cuyo seno surgen. Esto significa, entonces, que pueden ser desafiados, por más que sus detentores lo vivan como natural e incuestionable. No extrañará, entonces, que – como recuerda Cáceres- “las buenas sociedades” busquen mantener su posición en la cima del poder constituyendo círculos de relaciones entre personas pertenecientes al propio estamento.

Elias ilustra esto mediante un estudio de caso (Winston Parva) retomado por Bottaro, en el cual el grupo establecido basa su diferencial de poder en la antigüedad de su formación, lo que le permite alcanzar un elevado grado de cohesión grupal, identificación colectiva y mancomunidad de normas que une a sus miembros y los diferencia de otros. Puede decirse, entonces, que el poder de los “establecidos” proviene en gran medida de su grado de organización interna y del control comunal sobre los miembros del grupo.

Así es también como surgen las marginaciones sociales, según lo muestra el análisis de Cáceres: el grupo de los marginados es tolerado por el grupo de los establecidos siempre y cuando se mantengan en el lugar “inferior” que les fue asignado, adopten comportamientos sumisos y no cuestionen su exclusión respecto de las instancias de toma de decisión. Cuando esto no ocurre sino que, por el contrario, los marginados expresan aspiraciones de equiparación legal y social, el grupo que se considera a sí mismo como “superior”, ya no tolera estas pretensiones e intenta reafirmar su poder a toda costa. Esta reacción puede tomar diversas modalidades, entre ellas la de estigmatizar al otro, como en Winston Parva, y la de suprimirlo físicamente, al modo en que procedieron los Nazis.

Marginaciones, estigma y control social

El modo en que operan las marginaciones sociales ha recibido particular atención en el trabajo de Bottaro, quien señala que el grupo de establecidos interpela a los marginados en su “calidad humana”

(sus valores, sus conductas, etc.) y los califican como “humanamente inferiores”, carentes de las virtudes que los establecidos se autoatribuyen al considerarse “humanamente mejores”. Es –podemos decir– una diferenciación entre humanos e infrahumanos. Los atributos humanos son tenidos por los “poderosos” como exclusivos de su grupo y no como cualidades propias del género. No ha de sorprender que los derechos del hombre le hayan sido arrancados por la Revolución a la monarquía, pues reconocer al otro como humano no algo que espontánea y gentilmente surja de las élites.

Por sorprendente que resulte para algunos, esta tesis es central en Elias, para quien la civilización va generando una progresiva disminución de las desigualdades, en cuyo proceso las clases subalternas van pasando de ser consideradas un pedazo de naturaleza (como la pertenencia de los campesinos al paisaje descriptos por determinadas estéticas del medioevo), a ser tenidos por sujetos sociales capaces de interactuar en pie de igualdad con quienes mantienen una mayor capacidad de control sobre la propia figuración.

En lo que respecta a las modalidades concretas en que se plasma el ejercicio de la hegemonía al interior de una figuración, Bottaro se detiene especialmente en la estigmatización. Así nos muestra que es el miedo a la imprevisibilidad del otro lo que incentiva que se lo constituya como un peligro eventual, llevando a los “establecidos” a adoptar mecanismos de defensa a fin de conjurar una potencial desarticulación del orden social que los privilegia, y a esgrimir la exclusión y estigmatización de los marginados para preservar su identidad, reafirmar su arrogada superioridad, y mantener en su lugar a “los otros”. Así, la exclusión y la estigmatización funcionan como mecanismos de control social.

Estos mecanismos no siempre son abiertamente violentos –es decir, pueden no involucrar el ejercicio de la fuerza física sobre los cuerpos– sino que a menudo operan bajo otras formas como la del estigma, que carga al individuo de sentimientos de vergüenza que regulan su vida impulsiva y afectiva e impone a la atención de los demás una consideración unilateral, anclada en aquellos rasgos vergonzantes que los llevan a alejarse

de él, anulando así sus demás atributos.

Cuando el estigma tiene un efecto paralizante –sostiene Bottaro-, mengua sus capacidades defensivas y activas, de modo tal que el estigmatizado suele aceptar resignadamente su pertenencia a un grupo menos valorado y respetado. Entonces el estigma genera en él sentimientos de vergüenza e inferioridad, pudiendo incluso llegar a aceptar la marginación como condición “natural”. Pero también pueden surgir reacciones de “contra-estigmatización” cuando los marginados reaccionan, ya sea de manera agresiva y anárquica –esto es, del modo en que se espera que lo hagan-, ya sea afirmando las conductas “divergentes” en términos de los valores “establecidos”, produciendo un efecto contrario al esperado.

La variabilidad de resultados posibles evidencia, entonces, la ductilidad del poder y su trastocamiento. Así como los “establecidos” esperan que los “marginados” mantengan su posición subordinada para que el juego del poder se sea sustentable, cuando ello no ocurre porque los éstos cuestionan con un mínimo de efectividad la distribución del poder que los margina, esa misma respuesta altera *per se* el orden social, que no es pensado por Elias como estático sino dinámico –lo que quiere decir, contingente y mudable-.

El carácter intersticial de las ideas

En el contexto de estas consideraciones sobre el poder y las marginaciones sociales, Elias muestra que las ideas trabajan como marcadores que offician de parteaguas: que no son meras síntesis conceptuales sino también instrumentos de producción y reproducción de articulaciones y divisiones sociales. Es decir que ellas tienen un carácter performativo pues hacen llegar a –o dejar de- ser a los grupos humanos. En definitiva, la cría humana es la única incapaz de subsistir sin cultura; por eso el hombre es el ser biológicamente determinado por la cultura, lo cual implica que lo universal de la condición humana radica en la necesidad de producir modos de vida particulares: es la universal determinación bajo la forma de la

particularidad idiosincrática. De ahí que el valor sociológico de una idea radique en la posición relativa del grupo que la produce, la sustenta, o la combate. De ahí, también, que a una idea haya de juzgársela según el entramado de interacciones e interdependencias recíprocas en que va implicada.

Esto puede advertirse en el uso que Elias hace de las fuentes, nunca traídas en calidad de meros textos autocontenidos ni de simple expresión de comunidades hermenéuticas sino como marcadores de la conformación, persistencia y disputa entre los grupos humanos. Así es que, por ejemplo, allí donde Thomas Mann ve filósofos y escritores (según argumenta Cammarota), Elias ve el ascenso o la caída de una clase, de una fracción de clase o de un grupo de poder.

Bien podríamos abrir aquí un paréntesis concerniente al carácter, literario o no, de las fuentes citadas, contrastando las posiciones de Elias y Mann. Si seguimos el análisis de Cammarota, este último se enfrenta a las “ideas” y “doctrinas” francesas enfrentándose con el occidente romano-literario desde el mundo alemán, “categóricamente no literario” y asolado por el temor a una “desgermanización a través de la literaturización”. En cambio, el primero siempre alude a la confrontación entre los literatos e intelectuales alemanes con la cultura y civilización francesa en términos de una confrontación nacional, de clase, de estamentos, pero nunca en tanto simple proyecto literario, filosófico, o moral. A diferencia del Thomas Mann que nos presenta Cammarota, Elias nunca usó el término “burgués” despojado de sus connotaciones socioeconómicas; lo mismo que no concibió jamás la cultura en un sentido meramente “moral” y “estético”.

Para Elias, entonces, los textos offician de indicadores de las relaciones de poder entre los grupos, de un modo similar – podríamos decir- a como las sucesivas ediciones y traducciones del *Manifiesto comunista* son consideradas por Marx y Engels un indicador del avance de la lucha de clases en los diferentes países. Así es también que Elias trae a consideración un libro como *De civilitate morum puerilium*, de Erasmo de Rotterdam, o la *Genealogía de la*

moral, de Friederich Nietzsche, no en tanto unidades argumentales ni como sola expresión de una época sino en tanto ilustración del modo en que un grupo (una clase, una fracción de clase o un estrato social) se constituye, existe e interactúa como tal. Es decir que Elias considera a las ideas en tanto y en cuanto son gestadas, adoptadas y portadas por los grupos humanos imbricados en un complejo dinámico y cambiante de relaciones de poder.

Elias, entonces, no considera a las ideas como entes autárquicos pues no nacen ni se propagan si no hay un grupo humano que las sustente. En este sentido, la esfera de la idealidad no tiene plena autonomía; aunque lo mismo vale en sentido contrario: su dependencia de una supuesta "base material real" tampoco es absoluta. Luego, por más que –según lo muestra Bottaro– las condiciones materiales de existencia sean importantes para comprender el diferencial de poder entre los grupos, no son lo único ni lo más importante ya que Elias incorpora otras dimensiones de poder generadas en la interacción misma. Así, lo que subtiende a todo encadenado conceptual no es otra cosa que el entramado de interdependencias recíprocas en el que surge y en el cual se encuentra imbricado: aquello que Elias llama "figuración". Las ideas tienen, por lo tanto, un emplazamiento intersticial en el juego del poder, que no es otro que el juego de las relaciones humanas.